

la razón viva que rige el universo, la sabiduría divina, se habría conseguido el objeto deseado; con el Dios de la razón y de la ciencia, requeríase haber celebrado al Dios de la justicia, por la que padecían y morían tantos soldados, y con el Dios de la justicia, al Dios del amor y de la virtud, al Dios padre de los hombres, que los llama á elevarse hacia El; sólo entonces se habría podido hallar el soplo de la vida que faltó al impotente esfuerzo de la Municipalidad. La Convención dió un paso más decretando el diez y seis de Noviembre, á propuesta de Cambón, que las iglesias y presbiterios servirían de asilo para los pobres y de escuelas para los niños, lo que equivalía á suprimir el culto público y oficial. Mas no se suprimió el sueldo á los sacerdotes.

La fiesta de la Razón, aunque seca y fría, había sido decente. También lo fueron las ceremonias de la misma especie que se efectuaron en los departamentos, sin embargo de haber sido más animadas, ya por festejarse en ellas simplemente á la Libertad, representada por una doncella elegida entre las familias más respetables, ya por darse á estas fiestas una fisonomía especialmente patriótica y guerrera. Mas en París y en algunas otras ciudades, el movimiento degeneró al punto en verdadera orgía. Chaumette purgó el pecado de su impura alianza con Hebert; pues mientras él combatía el vicio desde la Municipalidad, su colega no cesaba de fomentar la brutal licencia y todas las bajas pasiones. Y en verdad, que pudo sentirse satisfecho del éxito. Representada primero en una artista admirada del público, la Razón buscó á poco sus personificaciones en impúdicas cortesanas, y tuvo cortejos de bacantes que marchaban tambaleándose en pos de su carro, lleno de músicos ciegos, y á su lado rodaba otro carro, en el que se admiraba, sobre la cima de una roca oscilante, un Hércules de ópera armado de una maza de cartón. Representantes del pueblo hubo que no se ruborizaron de abandonar sus sillas curules para bailar la carmañola con muchachas revestidas de ropas sacerdotales. En la plaza de la Greve se quemaron las reliquias de Santa Genoveva, porque habían contribuido á «hacer hervir la olla de los reyes holgazanes», y se aderezó en medio de gritos y risotadas un proceso verbal, que el diputado Fayeú hizo enviar al Papa. Santos de madera, misales, brevarios, horarios de Santa Brígida, Antiguo y Nuevo Testamento, todo se quemaba en hogueras, cuyas llamas subían hasta el segundo piso de las casas. Ni el arte siquiera fué respetado, ordenándose por decreto la demolición de las estatuas de Nuestra Señora. El cuadro de la Cena sirvió durante mucho tiempo de cobertizo en la tienda de un zapatero. «Casi se duda, dice Mercier, de lo que se ha visto y oído». Momentos hubo en que todo París pareció un carnaval. Ahora se veía desfilar mulos cargados de cruces, de candeleros, de porta paces, de incensarios, de hisopos, recordando las monturas de los sacerdotes de Cibeles; ahora, asnos con casullas, y sobre ellos, sectarios del nuevo culto, sentados á horcajadas, guiándolos con estolas y parándose en las tabernas, donde se les servía vino en vasos robados de los altares. En los templos hubo verdaderas bacanales,

de cuyo escándalo no se cuidó de preservar siquiera el pudor de la infancia. La iglesia de Santa Eustaquia apareció transformada en una gran taberna. Dentro del coro, un paisaje decorado de cabañas y de ramas de árboles, con senderos abiertos al través de escarpaduras aparentes de abeto y de masas de rocas figuradas, por donde bandos de muchachas corrían desvengonzadamente tras los hombres, haciendo crujir las tablas á los golpes de sus violentos y rápidos pasos. Al rededor del coro, mesas cargadas de botellas, salchichones y pasteles. Por todas las puertas entraban convidados, entre ellos niños de siete á ocho años, que ponían las manos en el plato en señal de igualdad, que cogían las botellas y empinaban, una vez, dos, ciento, yendo á caer borrachos en las gradas de las capillas laterales. Los sacerdotes mismos, incluso los refractarios que seguían viviendo en París, aparentaban simpatizar con estas saturnales. «Podemos citar, escribe el abate de Montgaillard, á varios eclesiásticos, algunos de los cuales ocuparon después sedes episcopales y más de uno llegó á lucir el birrete cardenalicio, que llevaban el civismo hasta servirse de vasos sagrados para satisfacer necesidades profanas.» En cuanto á los juramentados, tenían á gala el ir á administrar los sacramentos á los enfermos con el uniforme de guardia nacional, y se jactaban de tener á Dios en sus cartucheras.

Más de un siglo ha transcurrido desde la inauguración del culto á la diosa Razón, y todavía hoy nos causan tal impresión de extrañeza este suceso y los que le siguieron, que no acertamos á explicarlos como no sea bajo el supuesto de que las sociedades están sujetas á lo mismos errores, extravíos y enfermedades que los individuos. No es rara en la historia la sustitución de culpas. No á otra cosa debieron su inmortalidad y la veneración de que aun gozan Lao-Tsé y Confucio, en la China; los Brahamanes y Buda, en la India; Zoroastro y los magos, en Persia; Moisés y Jesús, entre los hebreos; Mahoma, entre los árabes, amen de los mil profetas y reveladores menos importantes cuyos nombres han quedado ocultos en los repliegues de la historia. Pero en todos estos casos, la sustitución se ha efectuado dentro del terreno propio, sucediendo á una religión desenvuelta, concreta, con sus idiomas, sus dogmas y sus ritos, otra religión igualmente concreta, pero siempre más pura y elevada que la antigua; y precisamente en esta sustitución de cultos, cada uno más humano y moral que el anterior, ha consistido la evolución de la idea y del sentimiento religiosos, así en la esfera particular de cada pueblo como en la general de todos ellos. Mas una sustitución como la intentada por los revolucionarios franceses, la sustitución del catolicismo, con sus numerosas y sólidamente personificadas deidades, con sus dogmas formulados definitivamente, con sus oraciones y ritos cristalizados, por una religión abstracta, que pone en lugar de Dios una facultad humana irrepresentable, siquier sea esta tan excelsa como la razón, en lugar de dogmas y de ritos la libertad de pensar y de obrar, en lugar de la oración el himno, ó en otros términos, la sustitución de la religión por la filosofía, de esto no ofrece la historia ningún ejemplo ni antes de la

Revolución francesa ni después. Como que la empresa era absurda. El sustituir una religión por otra, agrándose cuanto se quiera la divergencia entre ellas, obra será más ó menos difícil, pero siempre factible; mas el sustituir la religión por la filosofía, redúzcase cuanto se quiera la divergencia entre las dos, es de todo punto imposible, á lo menos por ahora. Valdría esto tanto como suprimir la religión, y prescindiendo de sí, en el desenvolvimiento progresivo de los pueblos, llegará día en que estos se gobiernen sin dios y sin culto, lo que algunos estiman como probable, por la sencilla razón de que la evaluación de las sociedades no difiere fundamentalmente de la de los individuos y de que entre estos los hay, y de los más cultos, que viven virtuosos y felices sin religión: prescindiendo de ésto, repito, hoy por hoy, es un hecho de experiencia que ninguna sociedad puede vivir sin la representación de una deidad que sirva de providencia y consuelo en este mundo y asegure la sanción en el otro. Por esto cabalmente, por ser absurda la empresa, asombra que se intentara y, más aun, que hubiese tantos que la secundasen.

Desde otro punto de vista, tiene este hecho singular importancia: el relativo al influjo del individuo sobre la sociedad y de la sociedad sobre el individuo. Dos representantes no más, Chaumette y Clootz, fueron los promovedores de aquella innovación, que en el transcurso de breves días conmovió á todo París y se propagó á los departamentos, sin embargo de ser un extravío, una locura. Ciertamente que el pueblo estaba preparado á recibir la, por el mucho terreno que habían ganado en su alma las ideas más extremas de la filosofía, merced á la activa propaganda que de ella hicieron periódicos exaltados y de lenguaje crudo como el *Tío Duchesne*; pero no es menos cierto que, sin el vigoroso empuje de los dos representantes, nada de lo que ocurrió hubiese acaecido. Que, á falta de estos, otros hubiesen acometido la empresa, cosa es que no puede asegurarse, á pesar de ser muchos los que piensan. Implica esta creencia el supuesto de que, ó todos los individuos son aptos para la misma empresa, ó que las necesidades sociales tienen la virtud de crear las capacidades individuales que han de satisfacerlas; extremos ambos insostenibles. Es vulgar por lo sabido, que cada individuo tiene su aptitud especial, que á la formación de las capacidades individuales concurren numerosos factores independientes de las necesidades sociales de un tiempo dado, tales como la herencia, así directa como colateral, el medio físico, el medio social y el conjunto de accidentes que actúan sobre el individuo desde su nacimiento hasta su muerte. De lo que se desprende que no hay, entre las aspiraciones sociales y las capacidades individuales, relación de necesidad, de suerte que, dada la aspiración, necesariamente haya de surgir la capacidad que la realice: dicha relación es meramente casual ó contingente, pudiendo darse el caso de que aspiraciones sociales queden sin ser satisfechas por faltar la capacidad individual. Síguese igualmente que no puede afirmarse el que, á falta de una capacidad individual, otra habría surgido; lo contrario es más probable. El ejemplo de empresas y transformaciones

sociales fracasadas por morir sus iniciadores, ó directores, es muy frecuente en la historia. Todo lo cual autoriza á concluir, que, sin los representantes Chaumette y Clootz, es muy probable que no se hubiese inaugurado el culto á la diosa Razón. Tan poderosa es la influencia que en la sociedad ejerce el individuo, mayormente si se halla revestido de pública autoridad.—No es menor, sino mayor de seguro, el poder de la sociedad sobre el individuo, y así nos lo muestra brillantemente la misma innovación que estamos analizando, en la circunstancia, sobre todo, de haber simpatizado con ella sacerdotes que luego fueron obispos. ¿Puede calificarse esto de mera hipocresía? No, seguramente; era expresión de un estado verdadero del alma. Si aquellos sacerdotes usaban en su mesa de vasos sagrados, era porque su conciencia no les argüía de pecado. En su casa estaban; á nadie tenían que adular ó engañar: hacíanlo porque lo estimaban lícito. La percepción repetida de nuevas ideas expresadas y de nuevos actos practicados por un público cada vez más numeroso, es decir, la transformación de la conciencia y conducta sociales, producirá necesariamente, en plazo mayor ó menor, según los caracteres y temperamentos, la transformación de la conciencia y conducta individuales, ó sea, la sustitución lenta y gradual de creencias, deseos, hábitos y usos tradicionales por creencias, deseos, hábitos y usos nuevos y aun contrarios á los antiguos. De seguro que ni el obispo Gobet ni ninguno de sus coabjurantes habrían sentido las dudas que ahora les asaltaron acerca de los dogmas, á no haber ocurrido la Revolución. No expongo con esto ninguna novedad; se trata de doctrina corriente; como que este es el proceso que está operando continuamente en las sociedades y en cuya virtud se han operado todas las transformaciones colectivas que registra la historia. Lo singular del presente caso, y en lo que esta innovación pone de relieve de más que ninguna otra el gran poder de la sociedad sobre el individuo, es el tratarse de una sustitución absurda, imposible, no pudiendo la filosofía satisfacer las necesidades de la religión, ni desempeñar la razón el papel de la divinidad, ni instaurarse un culto sin templos ni sacerdotes.

Los escándalos de que acabamos de hacer mención, trascendieron á las corporaciones políticas enardeciendo la lucha entre los partidos, cuyos jefes, desde ahora, caminaron derechamente á la conquista de la dictadura por la servidumbre de la Convención. Para espantar y tiranizar á ésta, Hebert empujó hasta la exageración y la violencia, produciendo un recrudecimiento del Terror, al tiempo que Robespierre y los Comités extremaban la presión sobre ella, para impedirle satisfacer el deseo que de vez en cuando había manifestado de sustraerse á su dominio. El nueve de Noviembre, el Comité de Seguridad general, manejado á la sazón por el pintor David, fiel devoto de Robespierre, obtuvo de la Convención el arresto del diputado Osselin por haber dado asilo á una extranjera, *sin permitirle defenderse*. Pero al día siguiente, la Asamblea vuelve sobre aquel acuerdo votando la proposición de Chabot, que Thuriot, amigo de Dantón, defendió elocuentemen-

te, de que no se podría poner en acusación á ningún representante del pueblo *sin haberse oído*. El montañés Bazire decía á voz en grito: «Existe un sistema de Terror que parece anunciar la ruina de los patriotas y amenazarnos con una nueva tiranía». El nuevo acuerdo de la Convención puso frenético á Hebert, que corrió á los jacobinos, gritó, apostrofó, insultó y excitó los ánimos, al punto de hacer expulsar de la sociedad á Thuriot y á Lacroix, otro amigo de Dantón, que había desempeñado un papel importante en la Revolución, y de hacer votar una petición reclamando el «pronto juicio de los diputados cómplices de Brissot y de su facción», los cuales no eran otros que los numerosos representantes de la antigua derecha que habían sido detenidos como sospechosos á quienes Robespierre había salvado. Claramente se transparentan en estos actos los proyectos de Hebert, consistentes, como dice Mercier, «en extinguir la totalidad de la Convención para usurpar todos sus poderes». De aquí su sed de venganza contra los que, mediante aquel acuerdo, habían sustraído á la Asamblea de la servidumbre del Terror: el trece de Noviembre había caído Thuriot; el diez y seis tocóle el turno á Chabot. La Convención misma sucumbió, por fin, á la doble presión del Comité de Salvación Pública y de los jacobinos, revocando, á propuesta de Barere y de Billaud-Varenes, la decisión que autorizaba á defenderse ante ella á los diputados acusados por los Comités, lo que equivalía á condenarse á votar ciegamente las proscripciones que los dos Comités acordasen.

Robespierre no había intervenido personalmente en estos debates, pero tenía fijos los ojos en los progresos de la facción de Hebert, y estaba preparando en estos instantes, con sus compañeros de comité, medidas que habían de oponer un dique á aquel torrente corruptor y asegurar su dominación exclusiva. La primera de estas medidas fué la notable relación sobre la situación interior y exterior de la República que redactó en colaboración con Billaud-Varenes y presentó á la Convención los días diez y siete y diez ocho de Noviembre. Tiene esta relación dos partes: en la primera se exponen los orígenes de la guerra; en la segunda se describe la situación presente, exterior ó interior. La primera parte es inexacta y apasionada, al extremo de contener algo de odioso y absurdo; renuévanse en ella todas las calumnias contra los pobres girondinos, entre otras, la de haber provocado la declaración de guerra con el infame propósito de atraer la invasión en Francia. Por lo contrario, la segunda parte, ó sea el cuadro de la situación presente, contiene vistas numerosas y profundas, bosquejadas de mano maestra, presentándose en ella á la Revolución en toda su grandeza. Después de haber expuesto con singular acierto la política de cada uno de los Estados europeos, añade: «¡Francia! el universo está interesado en conservarla. Supongamos á Francia aniquilada ó desmembrada, y el mundo político se desploma. Quitese á la independencia de los medianos Estados esta poderosa y necesaria aliada, y Europa entera quedará esclava: los pequeños príncipes germánicos y las ciudades libres de Alemania serán devorados por las ambiciosas casas de Austria y

de Brandeburgo; Suecia y Dinamarca no tardarán en ser presa de Rusia; el Turco será expulsado allende el Bósforo; Venecia perderá su comercio y su consideración, como Toscana su existencia; Génova desaparecerá, é Italia será juguete de los déspotas que la rodean; no habrá salvación para Suiza, y vosotros mismos, bravos americanos, cuya libertad, cimentada por nuestra sangre, fué aún garantida por nuestra alianza, ¿cuál sería vuestro destino si nosotros no existiésemos?... Mas ¿qué digo? Hasta Inglaterra, ¿qué sería de ella? ¿Conservaría por mucho tiempo su libertad cuando Francia llorase la suya?... Que la libertad perezca en Francia, y veréis á la naturaleza cubrirse de un velo fúnebre y á la razón humana retroceder hasta los abismos de la ignorancia y de la barbarie... El despotismo, como una mar sin riberas, se desbordaría sobre el globo... ¡Oh! quién de nosotros no siente agrandarse sus facultades pensando que no es para un pueblo que nosotros combatimos, sino para el universo! ¡para los que viven hoy y para los que vivirán mañana!» La conclusión fué, que debía encargarse al Comité de Salvación Pública de estrechar los lazos de amistad que unían á Francia con la patria de Guillermo Tell y con la de Wáshington. Después de la cuestión exterior, la interior. Esta parte hubiese podido firmarla Brissot, excepto la conclusión, en la que se condenaba por igual «el moderantismo» y la «exageración». En consonancia con los propósitos anunciados respecto de la política exterior, Robespierre condenaba en esta parte á aquellos que con sus furros anárquicos desacreditaban fuera la Revolución; á los que, empujándola con mano violenta, arriesgaban estrellarla contra su fin; á los que, fogosos denunciadores del fanatismo, no sabían emplear más que el fanatismo, y se jactaban de extirpar la superstición cuando no hacían otra cosa que variar sus formas. «La fuerza, seguía diciendo, puede destruir un trono; sola la sabiduría puede fundar una república. Descubrid las continuas asechanzas de nuestros enemigos; sed revolucionarios y políticos; sed terribles con los malos y caritativos con los desgraciados: huid á la vez del cruel moderantismo y de la exageración sistemática de los falsos patriotas... El pueblo odia todos los excesos; no quiere ser ni engañado ni protegido; quiere que se le defienda honrándole».

Este último párrafo iba como una bala contra Hebert, que deshonraba al pueblo empleando en su periódico la jerga de los ladrones y mujeres de vida airada. Pero, y los moderados, á los que se amenazaba lo mismo que á los exaltados, ¿quiénes eran? Porque Robespierre habíase mostrado también partidario de la templanza con Couthon en Lyon y con su hermano en Provenza, por más que luego, abandonando aquella dirección, se hubiese vuelto hacia un terror peculiar suyo, el terror de Saint-Just. Los tales moderados no podían ser otros que los dantonistas, aquellos dantonistas que intentarían, para devolver á la Convención y á la Montaña la independencia, el esfuerzo contra el que Hebert había desencadenado á los jacobinos. Toda la política de Robespierre, en el nuevo período que ahora se abre, se condensa en estas palabras: guerra á los moderados

y á los exaltados, los moderados de la Montaña, se entiende, que de fuera de la Montaña no hay para qué hablar. Hiriendo de esta suerte á derecha y á izquierda, sólo quedaría de pie una sola figura, la de Robespierre, sustentada sobre los hombros de Saint-Just y de Couthon.

La relación de Billaud-Varennes concierne al orden interior, y toda ella va encaminada á exponer la necesidad de concentrar todavía más el poder, para asegurar la ejecución de las leyes y destruir el espíritu federal. Todos los cuerpos constituidos y todos los funcionarios los pone bajo la inspección de los dos Comités de Salvación Pública y de Seguridad general: del primero, en lo relativo á las medidas de salvación pública; del segundo, en cuanto á las personas y á la policía. Los ministros, subordinados de tiempo atrás al Comité de Salvación Pública, estarán en adelante bajo su completa dependencia. Se publicará diariamente un *Boletín* de las leyes, el cual se enviará á todos los funcionarios públicos y será explicado al pueblo por los magistrados en cada década. Suprimense los Consejos generales de los departamentos, y se despoja á las Administraciones departamentales de toda atribución política. Los Consejos de distrito siguen en pie, y sus administradores serán los encargados de velar por la ejecución de las leyes y decretos políticos, dando cuenta á los dos Comités cada diez días. En estos mismos términos se confiere la aplicación de las leyes á las municipalidades y á los comités de vigilancia ó revolucionarios. En París, los comités de las secciones se entenderán directamente con el de Seguridad general, y no con el Consejo municipal. Agentes nacionales, delegados por los dos Comités, reemplazarán á los procuradores de distrito y de municipio. Ninguna autoridad podrá publicar proclamas, ni interpretar ó modificar el sentido general de las leyes; ningún Consejo ó magistrado, excepto el Comité de Salvación Pública, los representantes en comisión y los ministros, delegar en agentes fracción alguna de la autoridad pública; ninguna clase de autoridades ni de sociedades populares, concertarse, ni celebrar congresos ó reuniones centrales; ningún poder, sino el civil, autorizar visitas domiciliarias; nadie absolutamente, levantar tasas no votadas por la Constitución. Disolución de los ejércitos revolucionarios locales, no establecidos por la Convención para toda la República. Los representantes en comisión se comunicarán cada diez días con el Comité de Salvación Pública, no con la Convención; sólo podrán suspender y reemplazar á los generales provisoriamente, y con la obligación de dar cuenta al Comité en las veinticuatro horas siguientes; no estorbarán ni dificultarán, en fin, la ejecución de las medidas adoptadas por el Comité de Salvación Pública.—Tal era el atrevido proyecto de Billaud-Varennes. Su objeto está claro: derribar á la terrible Municipalidad de París y subordinar todos los poderes al Comité de Salvación Pública. Del de Seguridad general no vale la pena de hablar; siempre estuvo por debajo de su cometido; fué á modo de instrumento de persecución en manos de los poderosos. Todo lo que se hizo de grande, en bien ó en mal, bajo el gobierno republi-

cano, pertenece al Comité de Salvación Pública, en cuya composición procede que nos paremos un instante, aquí donde empieza su exclusiva jefatura.

Dijimos ya que formaban tres grupos los individuos de este Comité: los ultraterroristas Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barère; los organizadores de la defensa nacional, Carnot, Prieur de la Cote-d'Or, Lindet y también el exministro protestante Saint-André, que andaba recorriendo casi siempre los puertos, esforzándose, con tenaz energía y nunca entibiado ardor, en organizar la marina, comprometida por la emigración de los oficiales y la catástrofe de Tolón; por último, los que el público llamaba «hombres de alta mano», encargados de la dirección política, Robespierre, Saint-Just y Couthon. Con diferir tan profundamente en afectos y carácter, todos estos gobernantes parecíanse en su extraordinaria actividad, en su consagración entera á la obra de la Revolución, tal como cada uno la entendía, y en su excepcional desinterés respecto del dinero, al extremo de haberse privado de manejar fondos mediante la completa separación entre la Tesorería y el Comité. En este punto, ni la sospecha siquiera era posible. Aquellos temibles dominadores de Francia y vencedores de Europa vivían, casi todos, más modestamente que el último oficial de secretaría. De ninguno puede decirse que fuera malo. Los peores, Billaud y Collot, eran fanáticos, no corrompidos; odiosos, no despreciables, y en modo alguno vulgares. Billaud, que llevaba la parte principal de la correspondencia con los departamentos, ponía siempre buena cara al trabajo, y la febril exaltación de Collot, que tan funesta fuera en Lyon, halló con frecuencia útiles aplicaciones. Barère se había asociado á los terroristas por miedo, por contagio, principalmente, quizás, por la vanidad de llegar á ser estadista del partido más violento, para lo que no le faltaban condiciones, tales como una maravillosa facilidad en el despacho de los negocios, aptitudes varias y una elocución brillante, á la que se debió la popularidad que alcanzaron sus relaciones á la Convención sobre la guerra. Carmañolas las llamaban los soldados, y las estimaban como el precio de una victoria, oyéndoles gritar al correr al asalto: «¡Barere en la tribuna!» Pero faltábale á Barère la primera cualidad del gobernante: el carácter. Del grupo «de alta mano», Robespierre poseía una táctica admirable en las discusiones, pero era torpe en la práctica, lo contrario de Saint-Just, perfectamente cortado para la acción, aunque de altanería insoportable. La imperiosa presión que los de este grupo ejercían en el Comité lastimaba á sus colegas; pero los grandes organizadores militares, que apreciaban los servicios hasta de los terroristas, con más razón comprendían que la popularidad de Robespierre en los clubs y en los comités ayudaba poderosamente á obtener los recursos para la guerra. Esto explica que el Comité apareciese exteriormente unido, sin embargo de separar á sus individuos convicciones y tendencias completamente opuestas. Convencidos estaban Carnot, Lindet, Prieur y Saint-André de que la salvación pública demandaba el mantenimiento del gobierno revolucionario, esto es, la concentración de todos los poderes en manos del Co-